

# Sobre todo... no abandones tu Tierra

Arquitecto ABRAHAM SCHAPIRA

El gran arquitecto catalán Coderch, cuya obra conocimos recientemente aquí, lo dijo así, una vez, abordando ese tema típico de los maestros: "consejos al joven arquitecto".

Pasando por alto lo que el consejo tiene de impracticable en épocas en que la tragedia para tantos no consiste en abandonar su tierra, sino en ser abandonados por ella; ¿qué quería decir el maestro a sus jóvenes discípulos?. Simplemente, que no perdieran sus raíces, el cordón atávico de unión con gentes, paisajes, quehacer y tradiciones de su propio medio, ya que la arquitectura presupone alguna forma de inserción armoniosa en un orden de vida familiar y participado, identificación a la vez geográfica, histórica y cultural.

Al reflexionar sobre este consejo, aunque para ello nos acredite tan sólo la experiencia personal y de algunos amigos, caemos de lleno en una valoración crítica del relativo aporte que numerosos arquitectos chilenos, migrantes a su pesar o por voluntad propia - para el caso no importa - han podido realizar en tan distintos lugares del mundo como los que AUCA está reseñando ahora. Y también, a la inversa, de lo que la experiencia pudiera haber dejado aunque, fuera sólo aquellas realidades propias que únicamente la perspectiva de la distancia permite ver.

Hay varios enfoques diferentes que, al efecto, podrían interesar, por ejemplo, apreciar con qué recursos está dotando al arquitecto chileno su formación universitaria y su práctica profesional para enfrentar tareas en medios tan ajenos; se consigue o no a través de ese trabajo, una verdadera integración; como reciben ese aporte en el extranjero y qué tipo de conflictos se van a crear en la esfera coprofesional; qué parte del proceso es aprovechable ante un eventual retorno; etc. ¿Hay conclusiones de validez general a sacar o simplemente cada situación y lugar es una realidad específica que no permite generalización alguna?. Interrogantes todos que, probablemente, sólo tendrán respuesta a la luz de una amplia confrontación de experiencias que debería continuar como secuela de la inquietud que AUCA deja planteada en este número.

Pero volvamos por un momento a la tesis del atavismo cultural tan defendida por los arquitectos de la pasada generación, desde posiciones románticas o regionalistas. La situación ha cambiado notoriamente y no queda más remedio que reconocer que el desarrollo de los medios de comunicación, la internacionalización de las técnicas y la pérdida de las viejas identidades individuales y comunitarias, rompió el esquema. También ocurrió en el campo del diseño, el urbanismo, la planificación y aún la restauración histórica. Muy pocas expresiones vernáculas de culturas locales van quedando en nuestro mundo en sus áreas más desarrolladas o al menos, carecen de peso en el trabajo de los equipos profesionales en los que cada vez importa menos la identificación cultural, regional o aún nacional de sus agentes.

También es un hecho demostrado en el sector de la creatividad que las obras más maduras de grandes artistas suelen darse en el exilio, tal vez, precisamente, a causa de las violentas contradicciones que esa situación impone, sin que por ello perdieran nada de su autenticidad cultural. Más bien, por el contrario, aparecen enriquecidas de influencias y referencias de valor más universal. Por otra parte, cuando por las causas que sea una cultura se aísla y corta sus contactos externos, también se apaga, limitando sus potencialidades creativas.

De lo expuesto inferimos que el fenómeno migratorio, que implica trasplante de ideas y experiencias por vía personal de una sociedad a otra es, en sí mismo, altamente positivo. Y no sólo en la dirección que se ha dado en llamar de transferencia tecnológica, es decir, del polo más desarrollado al que lo está menos, sino a veces, con mayor eficacia, en el sentido contrario, puesto que situado en un orden cultural más bien que utilitario, el proceso se convierte de hecho en intercambio.

Bien entendido, esto no significa promocionar la colonización cultural, esa corriente agresiva que implica imponer creencias, modos, tecnologías, y sobre todo, productos provenientes del mundo desarrollado, con finalidad mercantil. El tipo de actuación que examinamos, nada tiene que ver con el expansionismo económico aunque muchas veces sea rechazada por lamentable confusión. Sin embargo, dentro de tales premisas, no todo funciona bajo los supuestos de un nítido fenómeno cultural de reciprocidades. De un lado, influye la conducta individual, su género, del emigrante voluntario o forzado, cuya personalidad, al modo de los tejidos en los trasplantes vivos, es capaz de prender o no en un medio dado, de superar o sucumbir al trauma síquico de la transferencia. Del otro, está la reacción del medio que le recibe, a menudo negativa, por razones de proteccionismo gremial, competencia económica, chauvinismo o incompatibilidad ideológica. Finalmente, la mayor dificultad reside en la crisis general que hoy aqueja al mundo desarrollado, en campos como arquitectura y desarrollo urbano, generalmente sustentados en la empresa privada, donde tiende a acentuarse la dependencia del profesional respecto a los centros de decisión y poder y, con mayor razón, la orfandad del inmigrante, sin contactos sociales que le brinden posibilidades de trabajo. En consecuencia, si, a pesar de todo, se dá para ellos alguna opción, si se lleva a cabo un proyecto con relativo éxito, se persevera en la cátedra, se gana un concurso o se superan algunas cotas de buracrocía técnica, es que estamos en presencia de una auténtica excepción.

Pero aún las excepciones se apoyan en hechos concretos y deberíamos preguntarnos cuales son. No se trata de cualidades personales, que, por supuesto, tienen un papel relevante, sino de establecer aquellas condiciones generales de capacitación del grupo profesional procedente de una "escuela" nacional en el más amplio sentido.

Es obvio opinar que lo característico del chileno y también de otros sujetos provenientes de mundos débilmente desarrollados es, más que su eficiencia, su capacidad de improvisación, cierta facilidad para adaptarse a situaciones diferenciadas de un determinado contexto y a veces, inesperadas. Una tendencia a inventar más que a investigar, a cuestionar por principio, métodos y sistemas consagrados, en suma, una cierta irreverencia ante programas y previsiones. Lo que se explica fácilmente por proceder de un medio con muy escaso nivel de información, planificación, especialización y tecnología, con tan grandes urgencias como escasos recursos. Esta debilidad, que nos coloca en situaciones de inferioridad metodológica es, a veces, nuestra fuerza, cuando nos permite un enfoque original de algunas situaciones o una actitud cuestionante que puede dar inesperados frutos.

Hay otros rasgos de la formación profesional chilena cuyos efectos en el trabajo en el exterior pueden ser relevantes. Podríamos anotar la extracción social económica de nuestros arquitectos, resultado de una democratización universitaria implantada hace casi medio siglo que les ha liberado de esa aureola de excepción socio-económica tan dañina a la imagen de algunos colegas extranjeros y a las relaciones de trabajo en el interior de los equipos pluri-disciplinarios. El chileno formado en la universidad conocida hasta los años 70, lleva consigo no sólo la actitud, sino también un buen entrenamiento para ese trabajo de equipo.

Destaquemos también el empirismo, otro aspecto que nos conduce fácilmente a la praxis de los problemas, del taller de proyectos a la obra, donde se ponen a prueba los diseños. En España, por ejemplo, el arquitecto - salvo excepciones- rara vez visita su obra lo cual delega en otro profesional intermediario entre proyecto y ejecución, el "Aparejador". Por eso los planos resultan mucho más dibujados que entre nosotros y se proponen



un nivel de precisión académica que se aleja de la realidad de la construcción, debiendo ser, a menudo, reelaborados por los contratistas para fines prácticos.

Comparativamente, no siempre estamos favorecidos. En otros niveles, constatamos que cada oficina dispone allí de una completa información al día de los aspectos técnicos, normativos o legales de la profesión y, sobre todo, de los productos del mercado, todo ello en contraste con la pobreza documental de nuestros talleres nacionales. En materia de organización gremial, los Colegios funcionan como poderosas instituciones de protección, previsión y control, con todas las ventajas que ello puede otorgar al colegiado. Comparado con estos, el nuestro es un profesional desamparado en casi todos los aspectos, con su propio Colegio desestimado en su valor institucional.

Volviendo al tema de las aportaciones profesionales, por razones que sería interesante dilucidar, los diseños latinoamericanos, al menos en el ambiente castellano, se distinguen, incluso ante los ojos más profanos del arte arquitectural. Y no solamente porque, en ciertos casos, haya una explosión ornamental llamativa de materiales y colores sustituyendo al austero ladrillo de Castilla como ocurre en la obra de colegas centroamericanos, sino por causas más sutiles, especialmente si atendemos a los proyectos provenientes del cono sur americano. Habría que pensar más bien en un diferente "sentimiento del espacio", si se nos permite esa categoría riegeliana más situada en el plano de la psicología social que en el de diseño. Lo hispánico es aglomeración y fragmentación, "horror vacui", un modelo que se repite invariablemente en los poblados de la meseta y trasciende a la planificación urbana, salvando dimensiones pero conservando su sentido cultural. Lo americano, a despecho de nuestro origen, es urbanismo abierto y por lo tanto, se conjuga más naturalmente con las tendencias clásicas del diseño racionalista. La categorización del espacio va a cambiar, sin duda, hacia el sur de la península, en razón del papel protagónico que juega el "patio" como espacio nuclear cerrado en la distribución del área doméstica, acercándose más a nuestras concepciones. Pero en este caso las oposiciones se dan de nuevo, por su carácter ornamental y simbólico de origen árabe, ausente de nuestra cultura visual.

El tema es sin duda bastante más complejo de lo que esta simplificación propone, pero la oposición subyacente en el modo de

abordar la composición es algo que salta a la vista a la hora de comparar proyectos. Y también, el rechazo que ciertas tipologías racionalistas suelen provocar en las capas populares, exponentes de una cultura rural y por tanto, más "hispana".

Las observaciones precedentes sólo pretenden ilustrar algunas de las inevitables discrepancias del trabajo del arquitecto en un mundo ajeno a su propia idiosincracia. Era lo que probablemente tenía en mente el maestro Coderch cuando expresó su consejo. Pero no cierra el tema, puesto que toda idea insolidaria, tanto si termine por ser aceptada como rechazada, es semillero de futuros cambios, tal vez porque los mutantes culturales sólo se dan en respuesta a esos desafíos capaces de poner en tensión la creatividad latente en toda comunidad. Inversamente, cuando las ideas migrantes retornan a su origen ya no serán las mismas, como tampoco sus portadores, quienes vuelven a lo suyo con ojo autocrítico.

Nuestra profesión en Chile, que naciera auspiciada por el español Toesca, seguido después de ilustres arquitectos franceses de Beaux Arts y más tarde, bajo la influencia de las escuelas vienesas, para reformularse con Le Corbusier y la Bauhaus alemana, perdió hace más de 30 años sus contactos con el exterior, recayendo en la marginación geográfica que caracteriza lo nacional.

No cabe duda que la impronta de ese aislamiento cultural está claramente marcada en la ciudad chilena; paradójicamente, no por la fuerza y unidad de los rasgos vernaculares de su arquitectura supuestamente protegida por ese aislamiento, sino, al contrario, en la debilidad para absorber el eclecticismo que proviene de una misticadora alianza entre la especulación y la moda.

A falta del revulsivo capaz de enfrentarnos a esa verdad, la coyuntura histórica de la última década nos trae otra opción: la de emigrar. Y por primera vez, se da el fenómeno de grupos masivos de profesionales y artistas chilenos afincándose en el resto del mundo, con o sin éxito, pero casi invariablemente con la llamita del regreso ardiendo en su interior . . . Cuando esa vuelta se haga posible - lo que comienza a ocurrir - los recién llegados y los que permanecieron, se encontrarán necesariamente en un redescubrimiento crítico de nuestra realidad, la auténtica semilla del cambio que parece apuntar en el horizonte de la cultura nacional.

*No es una araucaria.  
Es "la araucaria", lo que  
subsiste de ella en los  
recuerdos más graves y más íntimos.  
Tal vez. Es el paisaje de México,  
de Chile, de cualquier otra parte,  
sólo que en sueño . . . . .*

Carlos Payán, México



— Carlos Martner, tinta china.